

LAS SIRENAS DE CUNQUEIRO

Un relato de Luis Sanchez-Feijoo López

Cunqueiro era imaginación y fantasía. Defendía el ejercicio de la imaginación en la elaboración de la historia y consideraba que gentes sin ninguna imaginación se habían apoderado de la historia y amenazaban acabar con ella.

Respecto a la imaginación de la gente de mar reflexionaba que si la imaginación del hombre se mide por las palabras, es evidente que éste ha puesto mucha imaginación en las cosas de la mar, en el oficio marinero. Sorprende el número de palabras que ha creado para designar los palos, las velas, los cabos de los veleros de antaño, muchas veces nombres muy significativos y poéticos como la escandalosa o el amante. Todo un complejo léxico para el andar por la mar, lleno de aciertos y tantas veces sorprendente.

En cuanto a su fantasía nos cuenta que para la de sus historias hubo un tiempo en que solía imaginarse una selva, la antigua y lejana selva de Esmelle; nombre que está en la toponimia gallega y que a sus tres sílabas les atribuía, sólo con decirlas, la imagen de una oscura y dilatada soledad. Su selva estaba extendida como una enorme sombra, al borde de un camino que iba de Maguncia a Compostela, y la cruzaba un río.

Uno de sus múltiples temas preferidos, pues era un curioso indesmayable y enciclopédico, fue el mundo de las sirenas que nos dio a conocer con generosidad de datos y señas. Frente a su derroche de imaginación y fantasía está el erudito padre Feijóo que no creía en las sirenas, pero en cambio creía en los tritones, aunque su voz, decía, no haya sido oída modernamente.

Nada me gustaría más que haber podido ofrecer en su día a d. Álvaro éstas dos experiencias más reales, en las que afirmo que vi sirenas, para que las incorporase a su haber literario. El lector puede creer o no en mi narración pero en todo caso opino que "E se non e vero, e ben trovato" y pretende ser una introducción para dejarnos ir de la mano del escritor en este tema al que aportó mis fantasías que como cerezas enlazo con la debida humildad. El generoso lector las diferenciará claramente y a buen seguro disculpará mi intromisión.

Me encontraba buceando en aguas gallegas acompañado por mi pareja de buceo participando en una operación de inutilización de minas submarinas alemanas fondeadas en la IIª Guerra Mundial, ambos con equipo respiratorio de mezcla de gases a circuito semicerrado, cuando al poco tiempo de inmersión me encontré metido en el centro de una esfera azul, ingrátido, perturbado y sin fuerzas físicas ni mentales. ¡Ya estás intoxicado por anhídrido carbónico! avisaron mis entorpecidas y cerúleas neuronas a mis distorsionadas células grises, muchas de las cuales ya debían de estar violáceas.

En este estado de aletargamiento me vi rodeado de un grupo de sirenas que se acercaron a curiosear el espectáculo que se les ofrecía: dos animales desconocidos de oscura piel, con ojo polifémico, dos aletas de pato y muy torpes de movimientos.

Yo veía de ellas sus rubias melenas flotantes que enmarcaban unos rostros tan hermosos como nunca había apreciado en criatura humana. Sus ojos, como dos gotas de verde rocío, me contemplaban con mirada pícara. Las más jóvenes tenían unos dientes blanquísimos; las de más edad, con las escamas de sus colas poco tersas, mostraban dientes azules y cuanto más flácidas eran sus escamas más azulona tenían su dentadura. Sus colas lucían finísimamente plateadas y una de ellas la tenía cubierta por escamas de oro, debía de pertenecer a la aristocracia de las sirenas.

Yo, a través de la capucha de goma oía una melodía ininteligible, como un cantar compuesto de trinos parecidos a los emitidos por instrumentos de púa. Su canto se hacía visible y se materializaba en el agua como líneas sinuosas y coloreadas, sin nada que ver con pentagramas. Igual que los carolingios, yo tampoco conocía el remedio para evitar el miedo al canto de las sirenas, pero lo cierto es que no tuve el menor atisbo de temor y ahora deduzco que sería por llevar la capucha puesta, a la par que por estar mi cerebro obnubilado.

Mi pareja de buceo Jacobo, que me vio inmóvil, ingrátido, sin gafas, me sacó a superficie y me quitó la boquilla para que respirase aire puro, por lo que volví a la normalidad. Este encuentro se me quedó grabado para siempre, así como me produjo un gran dolor de cabeza durante dos días.

Más gratificante fue mi segundo encuentro con sirenas. Estábamos Pablo y yo buceando con aire comprimido en las volcánicas costas sicilianas por encargo de una afamada bodega de Palermo que quería localizar las viñas submarinas cuyo vino oscuro y perfumado, sangre y alma de encantos, bebía el virrey de España, duque de Maqueda. En eso estábamos cuando vimos una cueva submarina originada en tiempos remotos por un río de lava por la que nos metimos. Cuando llevábamos cierto trecho recorrido, y a pesar de disponer de iluminación eléctrica, se me empezó a nublar la vista afectando mi nítida visión para formas y figuras. Seguí impulsándome con aletas hasta que llegué a una ensenada, de la medida del ojo humano, cubierta por una bóveda rocosa que la cubría parcialmente y con una playa al fondo, soleada, tal mismo parecía la playa de Chanteiro pero en tamaño manejable.

En la playa se encontraban descansando un grupo de sirenas. Como no notaron mi presencia me oculté para contemplar el espectáculo, igual que ellas habían hecho conmigo en otra ocasión.

Noté que de ellas sólo una tenía ombligo y era morena, las demás eran rubias y sin ombligo. Fué la primera vez que veía a una sirena con ombligo y según opinión de don Álvaro tendría que ser de Malaca pues son las únicas que lo tienen. Lo de su cabello negro supuse que sería teñido con ceniza de alga vulcanizada, por seguir alguna moda o porque los cabellos de las sirenas malaquitas fuesen de ese color. La mayoría de las sirenas se peinaban con peines de oro cuyas púas al pasar por su pelo sonaba como un laúd. Otras pasaban ambas manos por su larga cabellera y era como pasar el arco de violín por las cuatro cuerdas bien afinadas.

Una de ellas estaba repartiendo la comida a las demás: merluza cruda por lo abierto, de postre cucharada de sal y para beber tomaban agua de la orilla que parecía entusiasmarlas. Esto de que bebiesen con fruición me dio que pensar ya que eso sólo les ocurre con el agua dulce. Me quité la boquilla de la boca, gusté y ¡era agua dulce! Ya comprendí el por qué de la sensación de pérdida de visión cuando cruzaba la garganta submarina; había pasado desde el agua del mar hasta el agua del manantial en donde me encontraba, y en la mezcla de estas aguas se producía agua salobre cuyo efecto óptico distorsionaba las imágenes.

La de Malaca me pareció que era monolingüe pues sólo hablaba en portugués y pienso que sería descendiente de las tájides de la desembocadura del Tajo; así, de este modo concuerdo con don Álvaro en que sería de Malaca, pero malaqueira portuguesa y no malaquitana índica.

Todas, por estar en tierra, mantenían algo de su parte de pez tocando agua. Igual pero a la contraria yo estaba metido en el agua hasta los ojos para evitar ser descubierto.

Esta vez sí que oí sus cánticos. Hay pájaros que tienen el canto misterioso pero no hay comparación que valga. ¡Quién las oyere por las mañanas en vez de las alondras!

Pablo, mi pareja de buceo, puede confirmar todo cuanto aquí se narra. Todavía luce en sus brazos los tatuajes que representan a dos de esas anabolenas, una con ombligo y la otra sin él.

Hay leyendas que dicen que de genios perversos y de divinidades infernales, las sirenas, se han transformado en seres benéficos que dan conciertos a los bienaventurados. Yo, en las dos ocasiones que las vi doy constancia de que si no son benéficas, al menos conmigo no fueron maléficas. En la primera porque yo no estaba normal y en la segunda porque no me descubrieron.

Nunca más volví a verlas y ya han pasado varias décadas. Yo tengo un río y estoy expectante ante otro encuentro.

Conforme el hombre avanza en edad aumenta en posibilidades de encontrar una sirena de agua dulce, ya que tener un río tal es encontrar la flor de la madurez, cuando ya va uno con el saco suyo de vagabundo más que promediado de canseras y horas secretas y vientos perdidos; con una sonrisa confiada y amante cercana a las manos y a las mejillas. Un río así es medio vivir; fugitivo compañero, se lleva del alma los gérmenes de la melancolía. Para ciertos vagos espíritus, un río es como un amado hogar, de hecho, la melancolía se cura viendo como corren sus aguas. Es medicina que se daba a los melancólicos en el Renacimiento.

Don Álvaro en vez de mirar a un río prefería ver correr a un hilo de agua por el cristal de una ventana.

La narrativa fantástica del maestro alberga otros muchos aspectos, curiosidades y hechos acerca de las sirenas que yo no observé en mis dos encuentros con ellas y que paso a relatar.

Las sirenas de la Odisea eran mitad mujer y mitad pájaro, mientras que las de las imaginaciones nórdicas eran mitad mujer y mitad pez. En un libro lleno de ciencia se discutía si las sirenas eran fruto de la primavera o del otoño, si aves o, con media cola asalmonada, mujeres de hermoso y levantado pecho. Las sirenas que vi eran más asalmonadas que afaisanadas.

Respecto a la edad de las sirenas que yo creía apreciar por la tersura de su cola, cuyo brillo nunca se apaga, resulta que según los alejandrinos podían vivir hasta los 300 años en anarquía en la mar y sin que perdiesen nada de su hermosura. De hecho la famosa sirena de Esmelle, tan conocida en la Ferrolterra, tenía la edad de 103 años y aparentaba muchos menos. Otros pueblos les concedían la edad humana y no más. No eran eternas, pues cuando una sirena murió en Escocia, su parte humana fue enterrada en el atrio de la abadía de Holly Rood y su hermosa cola de escamas fue echada al mar. Lo más seguro es que murió por edad y don Álvaro hace notar que tenía hermosa cola y no lacia cola de escamas.

Nunca pude imaginar que sus cabellos fueron muy apreciados como insecticidas porque si los comparamos con las algas filamentosas, éstas atraen a las moscas enormemente. También eran apreciados porque no dejaban salir las canas y prevenían la calvicie, frotando con ellos el pelo humano. En inventarios italianos de ilustres casa toscanas o lombardas aparecen entre las joyas los manojillos del suave, perfumado, rubio pelo de la sirena. Concedo que tengan todas esas propiedades si se considera que el peine de oro actúa sobre el cabello de las sirenas con esos efectos. Y de hecho ¿qué es una sirena sin peine de oro? ¿Hasta dónde llegaría una sirena para conseguir su peine de oro?

Las sirenas se mueren pero también enviudan; y para teñirse la cola al enviudar utilizan palabras extrañas, polvo de oro sulfatado, cuatro mezclas de corteza de nogal, extracto campeche y crémor tártaro batido todo una hora con vara de plata y pasada ésta se echa una puñada de sal. Eso debía de ser cuando en el mundo no había prisas, pero ahora la sirenas para no perder el tiempo de ese modo usan cenizas de algas secas mezcladas con tinta de jibia, en preferencia a otros cefalópodos. No se descarta que cubran su bella cola con un forro de piel de la raya negra conocida en la Suevia por "ferreiro".

El lenguaje de las sirenas no se puede estudiar por gramática, que hay que estudiarlo comenzando por los primeros gruñidos, grititos y balbuceos de la sirena infantil y, poco a poco, madurando y dominando la lengua, llegar a lograr el habla de la sirena. Entonces en vez de por gramática habrá que estudiarlo por música y dentro de ésta elegir la cacofónica. Yo que las oí hablar en varias lenguas, pero sólo entendía poco del latín y más del portugués recuerdo con gracia el cierto tartamudeo que se gastaban, pero no al comienzo de la palabra, sino al final. En vez de *sisisirena* dirían *sirenanana*, para expresar su propia condición.

Si el canto gregoriano ha nacido del silencio, de haber, literalmente, oído a Dios pasar en el silencio; éste no es el caso del canto de las sirenas. Tampoco es como el caso del agua que desde el griego sabemos que canta, pero ella no sabe lo que canta. Las sirenas sí que saben lo que cantan y parece probado que en tiempo de verano y a la caída de la tarde es cuando más y mejor cantan, y que es difícil oír la matinal salvo en la mañana de san Juan. Su canto le dice al hombre canciones que aviven más sus saudades. Para atraer a los hombres entonaban un canto tranquilizador que era como una droga sedante, sosegante, y que quien las escuchaba una vez, ya deseaba escucharlas siempre, y cada vez más a menudo hasta que se iba tras ella, porque no podía vivir sin aquel calmante; era de tal extraña dulzura que escucharlo era como drogarse. En aquel buceo atlántico, mi compañero y yo nos salvamos de esa atracción por llevar los oídos tapados por la capucha de goma.

Se dijo anteriormente que los carolingios no lograron evitar el miedo hacia el canto de las sirenas, a pesar de que tenían recursos contra el veneno de serpiente, contra el bafo del dragón y contra el robo de sus propias sombras. Si algún carolingio o amigo de carolingio me está leyendo ya ha de saber que para vencer el miedo al canto de las sirenas hay que ponerse una capucha de goma o cera en los oídos, tal como hizo el viajero por excelencia llamado Ulises.

El santo irlandés Tigernail quiso pescar con red y cuervos gaélicos el canto de las sirenas para así salvar a sus feligreses de tal peligro. No lo logró pero por si quedase en esa zona otro santo puedo decirle que yo vi bajo las aguas las líneas sinuosas y coloreadas de sus cantos, por lo que en lugar de usar red es preferible el uso de explosivos de poca potencia que se arrojarían a la mar cuando el pentagrama a colores estuviese próximo, pues sus efectos dejarían a las notas sin flotabilidad y se irían al fondo del océano.

Ayfir, rubia sirena escocesa vivía durante siete años en el agua de los lagos y durante otros siete en el aire. Como los celtas tuvieron ríos que iban por el aire es de suponer que en aquellas corrientes refrescaban a la vez las hadas, las aves y la sirena Ayfir. Si se enterasen de esto las aladas sirenas griegas seguramente vendrían a veranear con Ayfir huyendo del tórrido estío heleno, y le ofrecerían dulce malvasía de Chipre como regalo.

Un clérigo cazador que en tiempos de verano dormía sus siestas a la orilla de la laguna de Cospeito fue turbado por el cántico de una sirena. Ya estaba el clérigo bajo el agua en brazos de la sirena cuando comenzaron a oírse los claros latines del oficio de vísperas en la iglesia de la ciudad sumergida, y entre preces apareció la Virgen y libertó al clérigo. Yo vivo en Cospeito, cerca de la laguna, y con viento del nordeste escucho las campanas de la iglesia sumergida pero nunca vi a la sirena; claro está que yo llegué a Cospeito cuando la laguna dependía de Medio Ambiente y ante semejante delirio, la sirena seguro que huyó Miño abajo hasta llegar a aguas portuguesas.

La sirena griega doña Teodora enterró en Braga al caballero portugués que tenía por enamorado y emprendió viaje a Belvís para teñir de luto doble la cola antes de meterse monja en el convento sumergido en la antedicha laguna de

Cospeito. Ya alojada en Belvís, cuando acabó de cenar sugirió que quizás estuviese más sosegada en la tina, y cuando se quitó la larga falda, y apareció doña sirena tal y como vienen en las historias.

La moral de las sirenas deja mucho que desear por su deriva anárquica. Al principio fueron como la imagen de los peligros de la navegación marítima y, más tarde, la imagen misma de la muerte, de la seducción mortal. La sirena era verdaderamente peligrosa, no se contentaba con ver a los hombres ahogarse en las aguas sino que los devoraba físicamente, dándoles muerte. Los modernos trajes de supervivencia en la mar ya están preparados contra estas sirenas.

No es fácil que las sirenas pierdan su carácter, aunque figuren de conversas. El mago don Merlín conoció a una que se quería envenenar porque se le muriera el amigo, tiple segundo que fuera en la Capilla Romana, y la doña sirena decía que no podía vivir sin aquel dúo que hacían y los tallarines que su hombre le cocinaba los domingos. Le mandó recatado escrito pidiéndole un jarabe resolutivo, y cuando el mago le mandó decir que no, ya estaba unida al ayudante de Marina de Honfleur, quien le puso una cetárea. Es de conocimiento popular que un marino en tierra es capaz de cualquier cosa, tanto se une con una sirena, como pinta un cuadro o escribe un cuento; todo menos poner un jardín frente al mar y meterse a jardinero...

Ante el rey vikingo Harald Howblack se mostró una vez un viento que era un gigante de cinco varas noruegas con barba y enorme melena rubia, y no tenía más vestido que las escamas plateadas que lo cubrían a manera de peto. Era un viento que solamente sopla en la mar y sus hijas son las impacientes sirenas noruegas. Es la única referencia existente hacia el padre de unas sirenas sin que se cite a la madre, que seguramente fue una enorme ola atlántica portadora de gónadas de bacalao.

Por referencia al bacalao, el protector de los pescadores de bacalao es Boed, santo bretón, hijo de una sirena y gran navegante del que se dice enseñó a rezar tres veces al año al mar: por Navidad, el día de Viernes Santo y el jueves de la Ascensión. Poco se sabe acerca de padres de sirenas, pero sí se sabe quien fue el de Boed; un rubio marino vigués de estirpe de bacaladeros que andaba al bacalao por aguas bretonas y pinchó a una sirena por la cola. La cobró, la embarcó, la curó, la enamoró y juntos bebieron agua dulce durante toda la campaña.

Nada menos que diecisiete linajes de Bretaña, Flandes, Dinamarca e Irlanda dicen descender de sirenas de mar. En Galicia existe el linaje de los Mariño; Mariños, Padín y Goyanes, que dicen descender de una sirena. Los Faruleiros, en cambio, descienden de tritón.

Una sirena griega tenía tres camisas, era cristiana y casó con un caballero francés. Al dar a luz a un niño ésta murió. El niño fue criado a la moda bizantina, es decir una ama los lunes, miércoles y viernes, y la otra los martes, jueves y sábados, la una dulce y la otra ácida... El niño casó en Francia, llegado a doncel, con la condesa de An, y de él y de la sirena descienden

algunas de las casas más nobles de Francia. De entre ellos destacan los Xacobes y los Pauletes, que son la flor de la nobleza.

Como colofón a este trabajo de imaginación resulta paradójico que en el siglo XV se conocieran en España a las sirenas por el nombre de serenas. ¡Ellas, las más apasionadas de todas las criaturas!

Nota del autor.-

Este trabajo está basado en las siguientes obras de Álvaro Cunqueiro:

- *Fábulas y leyendas de la mar.*
- *Cunqueiro en la radio.*
- *Merlín y familia.*
- *Flores del año mil y pico.*
- *Cuando el viejo Simbad.*
- *La bella del dragón.*
- *El año del cometa.*

Y en el trabajo recopilatorio de Dorinda Rivera Pedredo:

- *100 artigos. Álvaro Cunqueiro*